



www.loqueleo.com

Título original: MOMO

© 1973, K. Thienemann Verlag

(Thienemann Verlag GmbH), Stuttgart/Wien

© De la traducción: 2014, Begoña Lloret Barquero

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-397-1

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Noviembre de 2004

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2016

Décima segunda impresión en loqueleto Ecuador: Enero 2019

Directora de la colección: Maite Malagón

Editores: Yolanda Caja

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín
y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



Michael Ende

loqueleto



*En la oscuridad brilla tu luz,
desde dónde, no lo sé.
¡Brilla tan cerca y sin embargo tan lejos!
No conozco tu nombre,
mas seas lo que seas:
¡reluce, reluce, pequeña estrella!*

(Según una antigua canción infantil irlandesa).



Momo y sus amigos

Una ciudad grande y una niña pequeña



En los viejos, viejos tiempos, cuando los seres humanos aún hablaban en otras lenguas, completamente diferentes, ya existían grandes y espléndidas ciudades en los países cálidos. En ellas se levantaban los palacios de reyes y emperadores, había calles anchas, callejones estrechos y callejuelas intrincadas, se alzaban templos magníficos con estatuas de dioses de oro y mármol; había mercados multicolores donde se ofrecían mercancías de todos los rincones del mundo, y plazas bellas y espaciosas en las que los ciudadanos se reunían para comentar las novedades y pronunciar o escuchar discursos. Y, sobre todo, había grandes teatros.

Estos tenían un aspecto similar al de los circos actuales, salvo que estaban contruidos en su totalidad con sillares de piedra. Las filas de asientos para los espectadores estaban dispuestas de manera escalonada, una encima de la otra, como en un gigantesco embudo. Vistas desde arriba, algunas de estas edificaciones tenían una forma redonda, otras más bien ovalada, y otras en cambio formaban un amplio semicírculo. Se las llamaba anfiteatros.

Había algunos que eran tan grandes como un estadio de fútbol, y otros más pequeños, en los que solo cabían unos pocos centenares de espectadores. Había algunos suntuosos, engalanados con columnas y figuras, y otros que eran sencillos y carecían de adornos. Los anfiteatros no tenían tejado, todo se desarrollaba a cielo abierto. Por eso, en los teatros suntuosos tendían tapices entretejidos de oro sobre las filas de asientos, para proteger al público de los ardientes rayos del sol o de imprevistos chubascos. En los teatros modestos, unas esteras de junco y paja cumplían la misma función. En una palabra: los teatros eran tal y como la gente se los podía permitir. Pero todos querían tener uno, ya que eran apasionados espectadores y oyentes.

Y cuando escuchaban atentamente las vicisitudes emocionantes o cómicas que se representaban en el escenario, entonces experimentaban la sensación de que aquella vida interpretada era, de manera inexplicable, más real que su propia vida cotidiana. Y disfrutaban escuchando con deleite esa otra realidad.

Han transcurrido milenios desde entonces. Las grandes ciudades de aquella época se han desmoronado, los templos y los palacios han quedado derruidos. El viento y la lluvia, el frío y el calor han pulido y desgastado las piedras, y de los grandes teatros quedan tan solo algunos vestigios. En los muros más agrietados, las cigarras cantan ahora su monótona canción, que suena como si la tierra respirase en sueños.

Aun así algunas de esas viejas y grandes ciudades siguen siendo grandes ciudades hoy en día. Naturalmente, la vida en ellas es bien distinta a la de antaño. La gente se traslada en automóviles y tranvías, tiene teléfono y luz eléctrica. Pero aquí y allá, entre las modernas edificaciones, perviven aún un par de columnas, una puerta, un fragmento de muralla o incluso un anfiteatro de aquellos lejanos tiempos. Y en una de estas ciudades transcurrió la historia de Momo.

En las afueras, en el extremo meridional de esta gran metrópoli, allá donde dan comienzo los primeros campos, y las cabañas y las casas son cada vez más miserables, se encuentran, escondidas en un bosquecillo de pinos, las ruinas de un pequeño anfiteatro. En aquellos tiempos tampoco se contaba entre los ostentosos; digamos que ya por aquel entonces era un teatro para gente más bien humilde. En nuestros días, es decir, en la época en la que tuvo su comienzo la historia de Momo, las ruinas habían caído casi totalmente en el olvido. Solo un par de profesores universitarios de arqueología tenían constancia de su existencia, pero ya no les interesaban, porque allí ya no había nada más que investigar. Tampoco era un monumento que se pudiera comparar a otros que había en la gran ciudad. Así pues, por allí solo se extrañaban de vez en cuando algunos turistas que subían y bajaban por los sillares cubiertos de hierba, hacían ruido, disparaban una fotografía para el recuerdo y se iban de nuevo. Después el silencio retornaba al círculo de piedra, y las cigarras entonaban la siguiente estrofa de su

interminable canción, que, por lo demás, en nada se diferenciaba de la anterior.

En realidad, solo conocían esta curiosa edificación circular las gentes de los alrededores. Allí apacentaban a sus cabras, los niños usaban el círculo central para jugar a la pelota, y a veces, por la noche, era el punto de encuentro de las parejas de enamorados.

12 Pero un día, entre las gentes del lugar corrió la voz de que en los últimos tiempos alguien habitaba en las ruinas. Decían que era una personilla de poca edad, presumiblemente una niña. De todas maneras, no se podía afirmar a ciencia cierta, ya que iba vestida de un modo un poco estrafalario. Al parecer se llamaba Momo, o algo por el estilo.

En efecto, el aspecto de Momo era un tanto extraño, y probablemente podía asustar un poco a quienes conceden gran importancia al aseo y al orden. La niña era pequeña y bastante delgada, de tal suerte que incluso con la mejor voluntad no se podía saber si tenía solo ocho años o si ya había cumplido doce. Lucía un pelo alborotado y lleno de rizos negros como la pez que parecía no haber tenido aún ningún contacto con un peine o unas tijeras. Tenía unos ojos muy grandes, preciosos y también negros como la pez, y sus pies presentaban ese mismo color, ya que casi siempre andaba descalza. Solo en invierno llevaba de vez en cuando unos zapatos, pero no eran iguales, sino de diferentes pares, y además le quedaban demasiado grandes. Y esto era así porque Momo, en realidad, no poseía nada, excepto aquello que encontraba por ahí o que le regalaban.

Su falda se componía de distintos retales multicolores cosidos entre sí y le llegaba hasta los tobillos. Por encima llevaba una chaqueta de hombre, vieja y demasiado grande para ella, con las mangas recogidas a la altura de las muñecas. Momo no las quería cortar porque era previsora y pensaba que aún tenía que crecer. Y quién sabe si algún día volvería a encontrar de nuevo una chaqueta tan bonita y tan práctica, con todos esos bolsillos.

Bajo el escenario cubierto de hierba del teatro en ruinas se hallaban un par de cámaras medio derruidas a las que se podía acceder a través de una abertura del muro exterior. Ahí se había instalado confortablemente Momo.

Un mediodía se acercaron allí algunos hombres y mujeres de los alrededores e intentaron tirarle de la lengua haciéndole un montón de preguntas. Momo estaba de pie frente a ellos y los miraba con cierto recelo, ya que temía que esa gente fuese a echarla de allí. Pero enseguida se percató de que se trataba de gente amable. Ellos mismos eran pobres y conocían la vida.

—Bueno —dijo uno de los hombres—, ¿así que te gusta esto?

—Sí —contestó Momo.

—¿Y quieres quedarte aquí?

—Sí, me gustaría.

—Pero ¿es que no te esperan en ninguna parte?

—No.

—Lo que quiero decir es que... ¿no tienes que volver a casa?

—Esta es mi casa —aseguró Momo con prontitud.

—¿De dónde eres, chiquilla?

Momo hizo un movimiento indeterminado con la mano, como si estuviera señalando algún lugar lejano.

—Y entonces, ¿quiénes son tus padres? —siguió preguntando el hombre.

La niña se quedó mirando al hombre y a los demás con desconcierto y se encogió levemente de hombros. Los presentes intercambiaron miradas y suspiraron.

14 —No tienes nada que temer —prosiguió el hombre—, no vamos a echarte de aquí. Solo queremos ayudarte.

Momo asintió en silencio, pero sin estar aún convencida del todo.

—Dices que te llamas Momo, ¿verdad?

—Sí.

—Es un nombre muy bonito, pero nunca antes lo había oído. ¿Quién te lo puso?

—Yo —replicó Momo.

—¿Tú misma te has puesto ese nombre?

—Sí.

—¿Cuándo naciste?

Momo se quedó pensativa durante unos instantes y finalmente dijo:

—Hasta donde me alcanza la memoria, siempre he existido.

—Pero ¿es que no tienes ninguna tía, ningún tío, ninguna abuela, nada de familia en absoluto, con la que puedas quedarte?

Momo miró al hombre y enmudeció durante unos segundos. Después musitó con voz queda:

—Esta es mi casa.

—Sí, bueno —replicó el hombre—, pero no eres más que una niña. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Cien —titubeó Momo.

La gente empezó a reírse, porque creían que era una broma.

—Ahora en serio, ¿cuántos años tienes?

—Ciento dos —respondió Momo, aún un poco insegura.

Pasó un buen rato hasta que la gente se dio cuenta de que la niña tan solo conocía un par de números que había pescado al vuelo, aun cuando no sabía exactamente lo que significaban, porque nadie le había enseñado a contar.

—Escucha —dijo el hombre, después de haber consultado con los demás—, ¿te parece bien que le comuniquemos a la policía que estás aquí? Entonces te llevarán a una residencia donde tendrás comida y cama, y donde aprenderás a contar, a leer y a escribir, y muchas más cosas. ¿Qué te parece, eh?

Momo le miró horrorizada.

—No —dijo en un susurro—, no quiero ir ahí. Ya estuve una vez. También había otros niños. Las ventanas tenían rejas. Todos los días nos pegaban sin motivo alguno. Así que una noche salté el muro y me escapé. No quiero volver allí.

—Te comprendo —dijo un anciano asintiendo con la cabeza. Y los demás también lo comprendieron y asintieron.

—Está bien —exclamó una mujer—, pero aún eres pequeña. Alguien tiene que cuidar de ti.

—Yo misma —respondió Momo con gran alivio.

—¿Acaso sabes hacerlo? —inquirió la mujer.

Momo se quedó callada durante unos momentos y después respondió muy bajito:

—No necesito mucho.

De nuevo todos los presentes intercambiaron miradas, suspirando y asintiendo.

—¿Sabes una cosa, Momo? —tomó la palabra el hombre que había hablado al principio—, estamos pensando que tal vez podrías alojarte en casa de alguna de nuestras familias. Si bien nuestros hogares son pequeños y la mayoría de nosotros ya tenemos un montón de críos que alimentar, sin embargo, pensamos que donde comen tantos, puede comer una boca más. ¿Qué te parece, eh?

—Gracias —exclamó Momo sonriendo por primera vez—, ¡muchas gracias! Pero ¿no podéis dejarme vivir aquí, y ya está?

Estuvieron deliberando entre ellos un buen rato, y al final se pusieron de acuerdo. Porque ahí, opinaban, la niña podría vivir exactamente igual de bien que en casa de cualquiera de ellos, y querían ocuparse de Momo entre todos, ya que en cualquier caso sería más sencillo hacerlo todos juntos que uno solo.

Enseguida pusieron manos a la obra y comenzaron, en primer lugar, a limpiar la cámara medio derruida en la que vivía Momo, para acondicionarla en la medida de lo posible. Uno de ellos, que era albañil, incluso construyó un pequeño hogar de piedra donde cocinar. Alguien

trajo un tubo oxidado de chimenea. Un viejo carpintero construyó una mesita y dos sillas atornillando algunos listones de unas cajas de madera. Y finalmente, las mujeres trajeron una vieja cama de hierro adornada con volutas, un colchón que solo estaba un poquito estropeado y dos mantas. Aquel agujero de piedra situado bajo el escenario de la ruina se había convertido en un acogedor aposento. El albañil, que poseía talento artístico, pintó por último un bonito cuadro de flores en la pared. Incluso pintó el marco y el clavo del que parecía colgar el cuadro.

Y después vinieron los niños y los mayores y trajeron toda la comida sobrante que pudieron reunir; uno un trozo de queso, otro un pequeño bollo, el tercero algo de fruta y así sucesivamente. Y como había muchos niños, se congregó en el anfiteatro una multitud tal que todos juntos pudieron celebrar una verdadera fiestecita en honor del nuevo hogar de Momo. Fue una fiesta tan divertida como solo la gente pobre sabe celebrar.

De esta manera comenzó la amistad entre la pequeña Momo y los habitantes de los alrededores.

Una cualidad poco común y una pelea muy común

18 A partir de aquel momento, a Momo le fue muy bien, al menos desde su punto de vista. Ahora siempre tenía algo que llevarse a la boca, a veces más, a veces menos, a tener de cómo estuvieran las cosas y lo que le sobrara a la gente. Tenía un techo sobre la cabeza, una cama y cuando hacía frío podía encenderse un fuego. Y lo que es más importante: tenía muchos y buenos amigos.

Así que uno podría pensar que Momo había tenido muchísima suerte de haber dado con gente tan amable, y la propia Momo estaba convencida de ello. Pero pronto la gente también tuvo ocasión de comprobar que ellos no habían sido menos afortunados. Necesitaban a Momo y se extrañaban de que hasta entonces hubieran podido arreglárselas sin ella. Y cuanto más tiempo llevaba la pequeña muchacha entre ellos, más imprescindible se les hacía; tan imprescindible, que todos albergaban el temor continuo de que algún día pudiera marcharse.

De ahí que Momo tuviese muchísimas visitas. Casi siempre había alguien sentado a su lado en animada conversación. Y aquel que la necesitaba y no podía acercarse

a verla enviaba a alguien a buscarla. Y a aquel que aún no se había dado cuenta de que la necesitaba, los demás le decían: «¡Vete a ver a Momo!».

Estas palabras se convirtieron poco a poco en una frase hecha entre las gentes de los alrededores. Así como se dice: «¡Que te vaya bien!» o «¡Que aproveche!» o «¡Sabe Dios!», justo así se pronunciaba esta frase en todas las ocasiones posibles: «¡Vete a ver a Momo!».

Pero ¿por qué? ¿Tal vez es que Momo era tan increíblemente inteligente que sabía dar un buen consejo a cualquiera? ¿Es que encontraba siempre las palabras adecuadas cuando alguien precisaba consuelo? ¿Es que sabía pronunciar juicios sabios y justos?

No. Momo, como cualquier otra niña de su edad, no sabía hacer nada de eso.

Entonces, ¿es que Momo sabía hacer algo que ponía a los demás de buen humor? Por ejemplo, ¿sabía cantar de manera especialmente bella? ¿O sabía tocar un instrumento? ¿O es que, como vivía en una especie de circo, era capaz de ejecutar bailes o acrobacias?

No, tampoco era eso.

¿Tal vez sabía hacer magia? ¿Conocía alguna fórmula secreta con la que se podía ahuyentar cualquier preocupación o pena? ¿Sabía leer la palma de la mano o predecir de algún otro modo el futuro?

Nada de eso.

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso no es nada especial, pensará tal vez algún lector; escuchar lo puede hacer cualquiera.

Pero se equivoca. Escuchar de verdad solo lo saben hacer muy pocas personas. Y la forma en que Momo sabía escuchar era absolutamente excepcional.

Momo sabía escuchar de tal manera que las personas con pocas luces de repente tenían ocurrencias brillantes. Y no es que ella dijese nada o hiciese preguntas que inspirasen en sus interlocutores tales pensamientos; no, ella tan solo permanecía ahí sentada y se limitaba a escuchar con gran atención e interés. Mientras escuchaba, miraba con sus ojos grandes y oscuros, y el otro sentía cómo de repente surgían de su cabeza pensamientos cuya existencia nunca hubiera sospechado en su interior.

Sabía escuchar de tal manera que la gente confusa o indecisa, de improviso, sabía exactamente lo que quería. O de modo que las personas tímidas se sentían de golpe libres y valerosas. Los que se sentían infelices y agobiados se volvían confiados y alegres. Y si alguien pensaba que su vida era un fracaso total y no tenía sentido, y que él tan solo era un número más entre millones de personas, un ser insignificante al que costaba tan poco reemplazar como una cazuela rota... entonces iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo. Y en el mismo instante en el que estaba hablando, se daba cuenta de manera misteriosa y con total claridad de que estaba equivocado por completo, y de que él, tal y como era, era único entre todos los seres humanos, y que justo por eso era especialmente importante para el mundo.

¡Así sabía escuchar Momo!

20

Un día se presentaron en el anfiteatro dos hombres que se habían peleado a muerte y que ya no querían dirigirse la palabra, aunque eran vecinos. Los demás les habían aconsejado que fueran a ver a Momo, puesto que no podía ser que unos vecinos vivieran enemistados. Ambos se habían negado al principio, pero al final habían dado su brazo a torcer a regañadientes.

Ahora estaban ahí, en el anfiteatro, encerrados en su mutismo y con cara de pocos amigos, sentado cada uno a un extremo de las filas de asientos de piedra, mirando hacia el frente con aire sombrío.

Uno era el albañil que había hecho la chimenea y el bonito cuadro de flores del «cuarto de estar» de Momo. Se llamaba Nicola y era un tipo fortachón con un bigote negro y encrespado. El otro se llamaba Nino. Era flaco y siempre parecía un poco cansado. Nino era el arrendatario de un pequeño establecimiento a las afueras de la ciudad, en el que la mayoría de las veces solo se veía a un par de ancianos que se pasaban allí toda la tarde sin más bebida que un vaso de vino y hablando de los viejos tiempos. También Nino y su mujer, que estaba rellenita, se contaban entre los amigos de Momo, y a menudo le llevaban algunas cosas ricas de comer.

Como Momo se había dado cuenta de que ambos estaban muy enfadados, al principio no sabía hacia cuál de los dos debía acercarse en primer lugar. Y, para no ofender a ninguno, al final se sentó a la misma distancia de ambos, al borde del escenario de piedra, y se puso a mirarlos alternativamente. Tan solo estaba esperando

21

a que sucediera algo. Algunas cosas necesitan su tiempo, y tiempo era la única riqueza que poseía Momo.

Después de que los dos hombres hubieran estado así durante mucho rato, Nicola se levantó de improviso y dijo:

—Me voy. He demostrado mi buena voluntad al venir hasta aquí. Pero ya lo ves, Momo, este es un cabezota. ¿Para qué voy a seguir esperando?

Y efectivamente se dispuso a marchar.

22 —¡Sí, lárgate de una vez! —le gritó Nino—. No tendrías ni que haber venido. ¡Yo no me reconcilio con un delincuente!

Nicola giró en redondo. Su rostro estaba rojo de cólera.

—¿Quién es aquí un delincuente? —inquirió en tono amenazador al tiempo que regresaba sobre sus pasos—. ¡Dilo otra vez!

—¡Lo diré todas las veces que quieras! —exclamó Nino—. ¿Acaso crees que porque eres fuerte y bruto nadie se va a atrever a decirte las cosas a la cara? ¡Pero yo sí, yo te las digo a ti y a todos los que quieran escucharlas! ¡Sí, anda, ven aquí y mátame, como quisiste hacerlo ya una vez!

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —rugió Nicola apretando los puños—. ¡Pero ya lo ves, Momo, cómo miente y calumnia! ¡Tan solo le agarré del cuello de la camisa y le tiré al charco de agua de fregar que había detrás de su tabernucha! Ahí no se puede ahogar ni siquiera una rata.

Y volviéndose a Nino de nuevo, le gritó:

—¡Por desgracia aún estás con vida, como se puede ver!

Durante un largo rato estuvieron intercambiando los más terribles insultos y Momo no conseguía enterarse ni por asomo de lo que había sucedido y de por qué los dos hombres estaban tan enfadados. Pero poco a poco fue sabiendo que Nicola había cometido esa vileza solo porque Nino antes le había propinado una bofetada en presencia de algunos de sus parroquianos. Y con anterioridad a eso, Nicola había intentado hacer añicos toda la vajilla de Nino.

—¡Eso no es verdad! —se defendía Nicola, exasperado—. ¡Una sola jarra es lo que estrellé contra la pared, y encima ya estaba resquebrajada!

—¡Pero era *mi* jarra!, ¿entiendes? —replicó Nino—. ¡Y en cualquier caso, no tienes derecho a hacer algo así!

Nicola estaba convencido de haber actuado de manera justa, puesto que Nino le había ofendido en su honor de albañil.

—¿Sabes lo que dijo sobre mí? —le preguntó a Momo—. Dijo que yo no era capaz de construir ni siquiera una pared recta porque estaba borracho día y noche. ¡Y que incluso mi bisabuelo ya había sido así y había trabajado en la construcción de la torre inclinada de Pisa!

—Pero, Nicola —respondió Nino—, ¡era solo una broma!

—¡Bonita broma! —exclamó Nicola con resentimiento—. ¡A mí no me hace ninguna gracia!

Sin embargo, después se puso de manifiesto que, con esa broma, Nino tan solo había querido responder a otra broma de Nicola. Lo que había sucedido es que una

mañana apareció escrita en letras rojas en la puerta de Nino la siguiente frase: «El que vale vale, y el que no... a tabernero».

Y de nuevo, la bromita no le hizo ninguna gracia a Nino.

Así que siguieron discutiendo durante un buen rato encarnizadamente cuál de las dos bromas había sido la mejor, acalorándose cada vez más. Hasta que, de repente, se quedaron callados.

24 Momo los estaba mirando con los ojos muy abiertos, y ninguno de los dos podía interpretar el significado de esa mirada. ¿Estaba riéndose de ellos por dentro? ¿O estaba triste? Su rostro no denotaba nada. Pero los dos hombres se sintieron de repente como si estuvieran viéndose a sí mismos en un espejo, y comenzaron a sentirse avergonzados.

—Bueno —dijo Nicola—, quizá no debería haber escrito eso en tu puerta, Nino. Y no lo habría hecho si no te hubieras negado a servirme un vaso de vino. Es contrario a la ley, ¿lo sabes? Porque siempre te he pagado y no tenías ningún derecho a tratarme así.

—¿Cómo que no? —replicó Nino—. ¿Es que no te acuerdas de aquel asunto del san Antonio? ¡Ah, ahora te has puesto pálido! Bien que me engañaste, como a un tonto, y no tengo por qué aguantar algo así.

—¿Yo a ti? —gritó Nicola negando violentamente con la cabeza—. ¡Fue todo lo contrario! ¡Tú sí que me querías tomar el pelo, pero no lo conseguiste!

La cosa fue así: en el pequeño establecimiento de Nino colgaba de la pared un cuadro con una imagen de san

Antonio. Era una lámina en color que Nino, en cierta ocasión, había recortado de una revista para enmarcarla.

Un día Nicola quiso comprarle ese cuadro a Nino... por lo visto porque le parecía muy bonito. Y Nino, regateando hábilmente con Nicola, le había convencido de que le diese su aparato de radio a cambio. Nino se moría de risa por dentro, porque el cambio era a las claras muy desventajoso para Nicola. Y cerraron el trato.

Pero, mira por dónde, resultó que entre la imagen y el cartón posterior apareció un billete del que Nino no sabía nada. Ahora, de repente, era él el que había hecho un mal negocio, y eso le enfureció. Sin más rodeos le exigió a Nicola la devolución del dinero, argumentando que este no estaba incluido en el trato. Nicola se negó y en consecuencia Nino no quiso servirle. Así había comenzado aquella pelea.

Cuando terminaron de recordar los orígenes de la discusión, ambos se quedaron callados durante unos instantes.

Entonces Nino preguntó:

—Dímelo de una vez con la mano en el corazón, Nicola, ¿ya sabías lo del billete antes de cerrar el trato o no?

—Pues claro. Si no, no habría hecho el trueque.

—¡Entonces tienes que reconocer que me engañaste!

—¿Cómo dices eso? ¿Es que de verdad tú no sabías nada de aquel billete?

—¡No, palabra de honor!

—Ah... Pues muy bien. Entonces el que quería tomarme el pelo eras tú. ¿Cómo podías exigir mi radio a cambio de ese insignificante recorte de periódico, eh?